

El Doncel de Don Enrique el Doliente

Casi todos los autores románticos desarrollan los argumentos de sus obras en la Edad Media, que se transforma en el eje alrededor del que giran, gravitando, estos innovadores del arte en el siglo XIX. «La penumbra de las edades», «la noche de los tiempos», «la tiniebla de la historia», como ampulosamente se ha dado en llamar a esta hora de los acontecimientos humanos, presenta un vasto campo de acción, digno de ser utilizado por rebeldes cuya única ley es el albedrío y cuyo eterno pendón ostenta ufano el rojo sangriento de las empresas libertadoras. Aun hoy—verdad que no han pasado muchos años—poco se conoce de este nebuloso e inestudiado período: vislumbramos la Edad Media como una sociedad alambicada y palaciega, llena de boato, henchida de finuras y delicadezas, feliz en medio de protocolos pueriles; se presiente una época de profundo recogimiento espiritual, las almas están de continuo vueltas hacia el Salvador del mundo; se supone la edad de oro del honor: los encuentros caballerescos, el chocar de espadas, el relucir de lanzas constituyen el cotidiano sustento; las damas presiden los torneos, y por la prenda de una dueña, o por el capricho de una doncella, nada es un río de sangre, una montaña de riquezas, un endriago por enemigo, por rival un satán; el desinterés más absoluto tiene allí su morada: sólo por cumplir los preceptos del Dios Bendito y de la Santa y Muy Noble Orden de Caballería Andante desfácense entuertos, redímense caídas, las viudas son amparadas, los huérfanos protegidos. Y cuando la voz augusta del Sumo Padre se alza vibrante y sonora reclamando el rescate del Sepulcro del Hijo del Señor, los pueblos todos del orbe

marchan gozosos, la cruz al pecho, en pos de su ideal, cual lo harían sublimes argonautas... Sin embargo, todo se «siente» más ficticio que real, más aparente que cierto; pues ese comedimiento de cortesanos no es más que villana maquinación, el protocolo hipocresía y la delicadeza interés; no existe el tal místico fervor ni la tan preconizada fe de los cruzados: el más irracional fanatismo iguala a nobles y plebeyos y un mercantil lucro impulsa a reyes y pontífices a predicar la evangélica matanza; el amor es excusa para poseer un castillo más; el honor, medio para dar rienda suelta al humanal instinto de ser caínes, que entonces se albergaba entre peto y espaldar, como hoy se encierra entre cascos y corazas. Todo este simulacro de belleza, libertad y honor parece ser tomado de la España y en general, de la Europa del siglo XIX: es que la historia de miserias y de crímenes se repite al infinito; eso es perenne, como el rodar de las estrellas. En la décima novena centuria el mundo se hallaba sumido en el estupor de los acontecimientos del 89, bajo el espasmo de la sangre del 93, extenuado por el largo batallar a través de campiñas que recibían abundante abono de gente ayer joven y prometedora. Los espíritus vislumbraron durante un momento un cielo puro de libertad y una tierra libre de opresiones; pero una mano hercúlea y gigante, como el tentáculo horrendo del repugnante pulpo, borró ligera la celestial visión y otra vez el oscurantismo volvió a imperar, marchando a la vera de la reacción, cual su lógico complemento. ¡Triste suerte la del hombre: continuamente combate con el genio del mal por el amor de los unos a los otros; si presenta su mejilla le injurian y es violado; si acepta el reto, la lucha lo extenua y le derrotan!... Su espectáculo se asemeja al del mar embravecido; las olas, inmensas y orgullosas al cenit se elevan, como anhelando remontar las olímpicas regiones, y cuando su triunfo parece cierto se produce el derrumbe, el espantable derrumbe, tanto más espantoso cuanto de más alto se precipitan las aguas. En esa época de opresión, de llanto y duelo, que sigue como fatal consecuencia al nefando Congreso de Viena y al espantoso sacrificio de la Francia de los derechos del hombre, que llevó al universo en la bandera imperial de un visionario sus principios de amor humano, en ese momento

toda libertad desaparece, los periódicos revolucionarios son anatematizados, los impúdicos vergonzantes que pretendían la nivelación del deleznable plebeyo con el emisario de Dios fulminados; y así volvió a reinar el orden, el orden varsoviano, volvió a imperar la calma, la calma del mar eterno cuya superficie permanece tranquila, pero que en lo hondo de cuyas entrañas los elementos se agitan y luchan y se despedazan incesantemente. Por eso los rostros permanecían apáticos, las manos trémulas, los ojos de mirar incierto; pero los corazones ardían de fe y de entusiasmo y el ansia loca de gritar y de obrar iba tomando cuerpo en todos los indóciles, en todos los espíritus excelsos, escogidos por Dios para salvar al mundo del pecado de la rutina y del delito de la esclavitud. Así surge el romanticismo, escuela de rebeldes iconoclastas que todo lo atropellan, por oposición a los preceptistas, ingenuos adoradores de vetustas academias, que, como la mujer de Rosas el fasireo, necesitan que alguien les agite los brazos para que el vulgo imagine que aún tienen vida. Rebeldes iconoclastas que no reconocen patria ni edad, porque son de todas las naciones y de todas las épocas: allí donde aparezca un ingenio con norma propia, allí tenemos un romántico. El romántico que triunfa y que a través de la gloria llega a la inmortalidad, ese, al divinizarse, se erige en maestro, se transforma en clásico. Toda la historia está salpicada de romanticismos, de rebeliones o de individualidad, pues para el lance sinónimos son. Pero hay un instante, (1830), en que todo es romántico y la influencia es tan grande, que tiempo después muchas grisetas parisienses, que soñaban en castillos, príncipes y torneos, por un rasgo de sublime romanticismo, se desposaban novelescamente con el cenagoso y prosaico Sena. En ese período, el romanticismo como sistema fracasó; sencillamente porque las cosas se llevaron al extremo y si es malo tolerar a los retóricos que imiten a clásicos ya consagrados, ya pontificados, peor, pero mucho peor aceptar que se tomen como modelos a noveles que hacen barrasabadas, por el solo hecho de que los otros habían realizado lindezas. El gesto de estos románticos mueve a risa: combaten la rutina y comienzan por crearse un medio y un estado de cosas que se imponen como sistema; nos revelan el mismo triste conjunto de los actua-

les anarquistas sectarios que se dicen antidogmáticos por excelencia, y que principian por dogmatizarse al constituir bandos y partidos y que, odiando la política, se pasan la vida hablando de ella, y aún, piensan en futuras formas de gobierno, o por mejor decir, de desgobierno. Entonces, por haberse dogmatizado el romanticismo fracasó: tal vez la edad le hizo envejecer y los años le volvieron decrepito. Pero este desastrado fin debe imputarse, solamente, al romanticismo desnaturalizado, al que era tal sólo de nombre, pero que de esencia era una de las tantas sectas sofisticadas que infestaban la tierra; pues la tendencia genuina y espontáneamente romántica triunfó y su triunfo fué completo: otra cosa no podía ocurrir desde que sus cultivadores eran genialidades que seguían los rumbos que su inspirada musa les dictaba. Prueba de ello es que en toda la primera mitad del siglo XIX es imposible hallar una mentalidad estupenda que no sea en absoluto romántica; comprueban el aserto: Goethe, Byron, Scott, Hugo, Dumas, Manzoni, Espronceda, Larra. Y por fin hemos llegado a nuestro hombre: a Larra. Larra no es la materia amorfa y acromática de que sirve de argamasa para unir dos substancias semejantes; no, él pertenece por entero a una escuela que transplanta a su patria, le marca rumbos e inicia triunfalmente: la escuela romántica española que tiene en el inquieto Mariano del alma excelsa su arquetipo, su blasón y su prosapia. Larra es romántico en todo: en sus hazañas varoniles, en su estupeficiente desafío al mundo, en su mordacidad sarcástica, en sus violentas pasiones, en su exquisitez suma, en sus mismas obras, reflejo exacto de su turbulenta vida. Entre sus escritos tiene una novela: él la intitula «El Doncel de don Enrique el Doliente», nosotros la apellidaríamos «Autobiografías del enamorado Larra, en que se cuentan sus desdichas, gestos y pesares, en su peregrinar por el mundo»; porque Larra y el Doncel son una misma persona, un mismo amor, una misma desventura, que se desarrolla en dos distintas épocas de la historia. El mismo Larra lo confiesa: la descripción que hace del Doncel es su propio retrato; oigámosle: «... era un mancebo... su color moreno, sus cabellos negros como el azabache; sus ojos del mismo color, pero grandes, brillantes y guarnecidos de largas pestañas: una sola vez bastaba verlos para decidir que quien

de aquella manera los manejaba era un hombre generoso, franco, valiente y en alto grado sensible... su frente ancha, elevada y espaciosa... ornábale el rostro una rizada barba... su voz era varonil... su estatura gallarda...»; y como entre signos de admiración agrega: «Un observador más inteligente hubiera leído también, en su lánguido amartelamiento, que el amor era la primera pasión del joven». (Capítulo VI). Y ahora, después de esta ingenua confesión, cedamos la palabra al sutil Azorín, para que así, en confidencia, nos diga que «era Larra más bien bajo que alto. Tenía la tez morena, con un ligero matiz de bronce. Orlaba su cara una barba negra y sedosa... Sus ojos refulgían negros, anchos, vivos, expresivos y elocuentes. Vestía con aliño y buen gusto». (Larra: *Lecturas Españolas*)... ..

Este es el argumento de la novela, por cierto bien romántica de fondo y de forma. Larra dice que es una novela histórica; en efecto: «El Doncel de don Enrique el Doliente»; pertenece al género literario creado por el inmortal Gualterio y que a través del Artagnan de la literatura francesa llegó a Iberia. Allí la adoptó Larra, pero el ambiente era infecundo y el producto resultó híbrido. En España la novela jamás ha hecho escuela: los novelistas hispanos son como esos cometas que hiperbólicamente llegan hasta nosotros, nos deslumbran con su esplendor y desaparecen para no volver jamás; idéntico fin tuvo la novela histórico-romántica. Larra es indiscutiblemente el más grande de los prosistas románticos y el único que triunfa en la novela. Pero su éxito es muy relativo: pretensión vana sería comparar al autor del «Doncel» con el del «Castellano Viejo» o el de «La Noche Buena de 1836», por no citar que las dos más mentadas composiciones de Fígaro. Con Larra novelista ocurre lo que con el trébol: ¿no es el trébol la reina que eleva gallarda su frente coronada por entre el césped menudo? Pues Larra es el trébol que sobresale de la lisura, de la espantable lisura de la mediocridad que lo rodea. Larra toma como maestro espiritual en esta composición al autor de «Quintín Durward»; más: lo imita; pero imitar no es plagiar. Toma de él el conjunto, la forma, diríamos la andamiada, pero la materia, los ornamentos, la distribución es distinta. Guiado por Gualterio,

el genial inglés de testa y escocés de piernas, Larra nos introduce en el santuario de la Epoca Media: describe detalladamente, prolijamente el mundo en que se desarrollan los acontecimientos; se deleita en hablarnos de las costumbres, vestimentas, fiestas, y armas; complácese en exponer las ideas, las tradiciones, brujerías y encantos: todo presentado con discreto y razonable tino, libre en absoluto de empalagosa erudición. Creado el medio, surge la trama y los arlequines que en ella intervienen, apareciendo uno tras otro los personajes que el Bachiller don Pérez de Munguía caracteriza en cuatro pinceladas, de resultas de las que tenemos retratos que en su concepción son admirables; verbigracia el del judío Abenzarsal (Capítulo xv). Pero la psicología de ciertos protagonistas es ridícula. Don Enrique de Villena no puede ser en manera alguna tal como lo pinta Larra. Ambicioso, engréido, sabedor de que los hombres son juguetes entre sus manos, que sus mitos de astrología y alquimia podrían fácilmente aterrarlos, resulta ser un ingenuo que se expone en buscar aliados a gente ruin y perversa que le es fiel mientras la bolsa está llena; máxime, a buscar cómplices en crápulas más temibles que él, como ser el judaico farsante. La excusa que Fígaro pretende darnos al decir «que no era el malvado bastante impío par las exigencias de su ambición», demuestra que Larra desea disculpar, en parte, al Conde, para que no sintamos náuseas en su repugnante presencia. No obstante ser el de Villena más dado al estudio que a la vida de guerrero, no debemos olvidar que es un cortesano, vale decir, un intrigante, esto es, un maquiavélico. Por esto, nos llena de admiración pensar por qué recurre a Ferrus y a Abraham, cuando tenía en el hurtador de su esposa, en Fernán Pérez, un incondicional sumiso (sólo se explicaría este proceder como una artimaña para poner en juego a mayor número de personas y no hacer tan complejos a los actores. Y, ¿qué anhelaba el Conde? ¿dejar que se extinguiese lenta, bárbaramente en un calabozo una existencia? ¿no temía ser un día descubierto y castigado? ¿No es esta cadena más horrorosa que el crimen instantáneo, brutal sí, pero que pone fin a todo terrenal sufrimiento? Por todo esto, creemos que El Pobrecito Hablador se estremeció al pensar que crearía un personaje horrendo e intentó borrar las ma-

las impresiones con medias tintas, y surgieron verdaderos abortos. El mismo argumento es pueril, ridículo, mejor dicho romántico; porque empleando esta mágica palabra todo lo disculpamos. Romántico, y no en otra forma podemos concebir al Doncel, a ese mancebo tierno, de delicadas facciones, de vestir elegante, excelente rimador y admirado palaciego que es capaz de resistir, cual moderno Caballero de la Triste Figura, tres larguísimos años, vividos de continuo al lado de su idolatrada, sin ni siquiera atreverse a insinuarle su pasión. conformándose tan sólo con ver sus ojos y aspirar su aliento cuando a su vera pasase. Romántica, única y exclusivamente romántica es la recatada Elvira; ¡lástima que no sea princesita!, pero, en cambio, es pálida, sus ojos miran siempre al suelo, lee el «Amadís» y sueña de continuo en el gallardo príncipe que caballero en blanco corcel ha de venir a raptarla y que la conducirá al bello país del Ensueño do Amor tiene su morada. Y por último, absolutamente romántica es la cualidad del libro de que nada tenga fin; si hasta el lector llega a temer que en virtud del maléfico de alguna demoníaca el mismo relato no concluya: los duelos, los torneos, el juicio de Dios, todo se suspende en el momento en que se va a consumar y si por casualidad acaba algo, ha de ser en forma tremebunda, espeluznante: todo por obra y gracia del Santísimo y Muy Venerable Romanticismo. Pero todos estos defectos están en el ambiente, en la costumbre, en el hechizo que la peste de romanticismo ejerce; y si por el delito de todos hemos de juzgar a uno, condenado está Larra. Porque Fígaro fracasa en su novela con el fondo, con el argumento, con el desarrollo mismo; lo que no quiere decir que no exista unidad en la obra: muy al contrario, la hay y están bien hilvanados los distintos episodios; lo que anhelamos expresar es que Larra fracasa siempre que se deja dominar por el medio y triunfa cuando se le sobrepone: ocurre con él lo que con todos.

D. ORESTES CONFALONIERI